

PRIMERA PARTE.

Armonías del orden físico ó natural, con el moral ó religioso, ó sea, los designios morales ó religiosos de Dios en sus obras físicas ó naturales.

SECCION I.

HECHOS Y PERSONAJES DOGMATICOS.

CAPITULO I.

La Iglesia y el Universo.

Segun hemos dicho, el plan de las obras y de los designios de Dios debe ser razonable, y, como de Dios, muy razonable.

Sin duda que Dios en las obras que componen este mundo visible y todo este orden natural de cosas, debe tener grandes designios.

Y si aún antes de estudiar esas obras conocemos ya los designios que ha tenido Dios al sacarlas de la nada, y si conocemos la unidad de sus designios, (el hombre, el Cristo, Dios), ancho camino se nos descubre desde luego para aplicar-

nos á buscar la relacion de cada una de las obras con los designios.

Cada obra tendrá su designio, de lo ménos á lo más. Servirá la obra pequeña á la mayor, la obra visible á la invisible. Serán sus medios proporcionados á sus fines. Tal vez algunas serán anuncios de los grandes sucesos, que habrían quedado sin anunció si ellas no son los anuncios.

La abundancia de ciertas obras no se salvaría sino con una explicacion moral ó con algun designio religioso. Lo malo aparente de otras no se explicaría sino haciéndolas entrar en otro órden diverso del que no podría por sí explicarlas.

Esto debe suceder con el mundo visible y natural. Por eso San Pablo, con mirada profunda, dijo á los Romanos: *"invisibilia ipsius á creatura mundi, per ea que facta sunt intellecta conspiciuntur"*

Y si lo quieren los disidentes, no aceptemos esa solucion sino como una hipótesis; la hipótesis nos basta.

Segun esto, el reino de Dios, ó sea su Iglesia, todo lo abarca, es decir, ya lo consideremos como verdad ó como hipótesis, es el gran pensamiento suyo, es todo su pensamiento, es la gran unidad de sus designios.

En el pensamiento de la Iglesia se comprende el amor del Padre al Hijo, *"per quem omnia facta sunt;"* la gloria de María, el destino de los coros angélicos, el hombre con la creacion visible. La gloria de Dios, que es el último restimen de todos sus designios, está vinculada, pues, en su Iglesia.

Y así, sabiendo que en todo lo creado hemos de hallar el designio intermedio ó final de esa gloria, hay que buscar las relaciones, las armonías, entre el mundo visible y la Iglesia, ó diga se la Religion.

Este mundo visible, si nos habla de Dios, hablarnos debe de la Iglesia. Naturaleza debe decirnos algo de la Iglesia católica romana, si esta es de veras la religion del cielo. Esto, nos parece, se ha estudiado poco.

El Universo debe contener una demostracion de la religion verdadera, y hemos venido á dar con dos hermosas verdades que se reclaman recíprocamente. La Naturaleza debe demostrar la religion verdadera; la religion verdadera ha de ser la más natural. *"Invisibilia ipsius, á creatura mundi, per ea que facta sunt intellecta conspiciuntur"*

Delante de esta perspectiva, se despierta una grata curiosidad de sujetar la Religion católica

romana á nuevas pruebas. Porque admitido el principio inconcuso de que en las obras visibles y naturales debe tener Dios designios con relacion á su Reino ó á su Iglesia, "*invisibilia ipsius..... per ea quae facta sunt.... conspiciuntur,*" no queda sino proceder al exámen.

Y ¿cuál de las religiones sostendrá mejor semejante análisis? Desde la creencia más remota á los católicos romanos, hasta la que les es más próxima; desde los panteístas y deístas, hasta los griegos cismáticos, puede aplicarse á las teorías religiosas el ensayo de este nuevo criterio.

No todos los triunfos serán exclusivos de la Religion de Roma; ellos constituyen una gradacion en que la religion verdadera hace partícipe de sus glorias á las demás, en cuanto tienen intereses comunes; pero en lo que pugnan, ya veremos si esta teoría celeste no debe pregonar cada día que es toda y la sola verdadera.

CAPITULO II.

Conocimiento de Dios por la creacion. Pruebas tomadas de la naturaleza como imágen de las cosas invisibles.

El Universo es una página de amor. ¿Quién la escribió?

Es un libro para todos y que todo lo enseña. Su autor ¿quién es?

Es un poema magnífico. ¿Quién es el héroe?

Es una escena de interesante drama. El actor ¿dónde está?

Es un teatro regiamente decorado. ¿Cuál es el espectáculo que ha de representarse? ¿No somos nosotros y los ángeles los espectadores?

Levántase la luna por la tarde. ¡Oh luna ¿qué nos dices en tu silencio melancólico? ¿Que vagos afectos son esos que nos suscitas en el alma? ¿Por qué haces levantar en ella hondo suspiro?

En las noches descubre sus misterios el firmamento. ¡Oh soles, ¡qué es lo que proclamais con millares de lenguas?

Por la mañana el rey del día se levanta glorioso, las aves le cantan himno de triunfo, las flores vuelven su faz á él como enamoradas, y, como en honor suyo, entregan á las brisas blando perfume. Dínos, oh sol, ¡quién es ese que triunfa? ¡para quién toda esa pompa? Humano, seas quien fueres, ¡qué! ¿no entiendes esos misterios? Son misterios de amor. ¿No te deslumbra tan magnífica escena? Es la del grande Artista.

No hay duda. El Universo es un símbolo, es una representación, es una parábola, es una alegoría, es un cuadro, es un poema, es un espectáculo; es un gran pensamiento hecho visible, pensamiento de amores; pero de amores regios. ¡Hasta cuándo cederemos á esa dulce, á esa pura, á esa sublime sollicitación?

¡Escuchad! Un gran himno se alza de todas partes en honor del gran Rey. Y á su imperio de amor, el Universo todo parece que suspira con inmenso suspiro.

Que deje el alma un tanto los extraños afectos, y la palabra y la mirada y el influjo inefable de ese amor oculto se le hará perceptible.

¿No se nos allega cuando en lo alto de la montaña pensamos en el Infinito, ó en el fondo del valle elevamos los ojos á las alturas, ó en la espesura del bosque prestamos oído al rumor de la abeja á horas del mediodía?

¿Se necesita letra ó voz articulada para que entendamos quién nos habla ó qué quiere de nosotros, si el que habla es un amante?

No lo dudemos; en el Universo son ostensibles los designios de Dios; su palabra de amor á los hombres. Partícipes serán los ángeles y otros espíritus; algun otro propósito se hallará tambien en ese gran espectáculo, como que el gran Genio es fecundo en multiplicados fines; pero es el hecho, que en esa inmensa maravilla habla Dios á los hombres y tiene para ellos una hermosa intencion: hablarnos por medio de sus obras.

Y su palabra es palabra de amor; pero de un amor tierno y magnífico, dulce y severo, como que es amor infinito; á veces infantil cual de inocente niño, apasionado á veces como el de la doncella, tan venerable como el de un padre lleno de honradez, tan entrañable como el de una madre casta y virtuosa.

Ni falta ahí el amor heroico, ni el angélico de la amistad, ni el santo de la caridad.

Decídnos ahora, ¿quien dió esos amores, no los tendrá?; quien esos afectos inspiró á sus obras, ¿no será capaz de sentirlos todos?; y el que es tan rico, tan deseable, tan amable, ¿no reunirá en su sér cuanto repartió para enriquecer, para hacer deseables, para hacer amables á sus hechuras? O Dios tiene en su esencia todos esos amores, ó entre lo que vemos hay tantos dioses cuantos son los séres amables, cuantas son las especies de bondad y de bien, toda vez que el bien, como bien, es la esencia íntima de una verdadera deidad.

El efecto exige la causa.

¿Cómo es que hallamos designios, cómo es que hallamos un plan en el Universo, sin que tenga un autor? y ¿cómo hallar algo bueno en él sin que su autor lo sea?

Empero por el carácter del Universo sabremos cómo es el autor. ¿Qué caracteres, qué rasgos encontramos en la obra! El que crió á la mujer, ¿no será amable? Y, si es tan bello y misterioso el primer amor de la doncella, ¿no habrá en el Eterno, con sublime equivalencia, un sentimiento tan dulce? Quien hizo el corazón de una madre, ¿no amaré como madre? O ¿para que hizo las madres si no era para darnos idea de su amor?

Este afecto, se dice, estos instintos eran necesarios para la conservacion de las especies.

— ¡Pero prodigar tanto el sublime para un fin que podría conseguirse con menores medios! Y ¿qué quedaba entónces para el supremo fin que en el amor sabio de Dios no debe faltar, y es el hablarnos de ese afecto sublime para que le correspondamos con el nuestro?

Por otra parte, si en tan dulces amores que el gran Dios puso en sus obras, su solo designio era el de la conservacion de sus especies, ¿no incurriría en contradiccion con su propio intento, cuando á la vez ha hecho nacer contra ellas tantos medios de destruccion? Y no sería consecuen- te ni uniforme en sus medios cuando hay especies que desconocen el amor materno. Y tampoco podría explicarse cómo, en el hombre, ese amor se sostiene áun más generoso cuando ya la necesidad para la conservacion de su prole ha desaparecido.

Pero este concepto se corrobora al considerar tantos indicios más de la intencion de Dios en su poema viviente. Esa delicadeza del amor materno áun en los brutos, ese heroismo, esos prodigios, ¿no serían un lujo innecesario, redundante, para el solo fin de conservar las especies? Bastaría á los animales el cuidado solícito de

sus crías; pero ¡tanta ternura, tan sublimes halagos! ¿con quién hablar sino con el hombre para que admire la bondad de su Dios cuyo carácter se nos traza en esos emblemas que nos aco- san por todas partes?

¡Contemplad esas flores y esas aves!

¡Qué afectuoso intento del buen Dios! Para qué tantas galas, tantos perfumes, tan dulces conciertos? ¿Quería solamente divertir nuestros ojos y halagar nuestro olfato, ó alegrar nuestro oído?

Si yo hubiese escuchado la voz tremenda del Sinaí en que el amor á Jehováh se impuso á toda costa, ni aún así extrañaría que me persuadiese con miles de otras voces á amar á ese Dios. Pero los que no oímos esa voz tremenda ¿cómo no creer que en esas maravillas del Universo están las voces mil, los millares de estímulos para cumplir el gran precepto? Extraño sería que tanto amor como es el que Jehováh pide de nosotros, no se nos persuadiese haciéndonos ver el exceso, con millares de símbolos, cómo el que pide tiene, cómo el que desea es deseable, y el que impone amar ama, y es tan amable como amante.

En los caracteres, pues, del gran poema del Universo, en sus personajes, en sus episodios, en sus cuadros, está retratado el carácter de Dios,

y así podríamos decir, como decimos de un autor, «no podía ser ménos, era natural, era preciso, se retrató en su libro, ese es su modo de pensar, esa es su alma, ese es su corazón, así habla, así dice, así obra, así le ha pasado á él.» *El estilo es el hombre*, dice ese proverbio tan sabio como elegante.

Es verdad; y bajo este aspecto es falso aquel adagio «pintar es como querer;» en lo contrario está lo cierto, «la boca habla de la abundancia del corazón.»

Neron, con el talento de Bernardino de Saint Prierre, nunca habría ideado su *Pablo y Virginia*; y podemos estar seguros de que el cruel Heródes no amaba á sus pequeños hijos, si tuvo corazón para degollar tantos niños ajenos.

Nos basta haber demostrado que el Universo es una obra de amor, para concluir que hay un Dios más allá de lo visible; por que es el amor el atributo supremo de todos los seres.

Avancemos; no solo así descubriremos al gran Geómetra, al admirable anónimo autor del inmenso poema; en ese libro hay muchas páginas de maravillosos episodios, de verosimilitud tanta, que al través de la novela y del drama, podemos reconstruir una historia.

CAPITULO III.

Continuación del anterior. Unidad de Dios estudiada en la Naturaleza

Es ya mucho saber y sentir de Dios cómo es bueno y amable, tierno y amoroso, y es grato encontrar las pruebas, no ya en la voz de los ángeles y de los profetas, sino en el lenguaje todavía más elocuente, porque viene de testigos pequeños en quienes todo artificio, toda seducción serían imposibles, y testigos que no usan acepción de personas ni aparecen de tiempo en tiempo; en casa, en la calle, en el templo, en el campo, de día, de noche, á todas horas, podemos ver ú oír alguna palabra del amante desconocido que á cada uno de sus emisarios ha encargado nos la digan en la primera oportunidad que les dejemos.

Pero queda mucho por averiguar; porque Dios es magnífico en sus obras, y son en ellas perfectos sus designios, y la Naturaleza nos enseñará cómo es Dios no solo aquel sér, origen de toda vida, de quien puede predicarse todo género de perfecciones, sino tambien el *Uno y Trino*, Padre Todopoderoso y misteriosa Trinidad. Uno y no la *Dualidad* maniquea; Padre *Todopoderoso* y no la solidaridad panteista; *Uno* en la esencia y *Trino* en las personas, y no la estéril unidad de los deístas y arrianos.

Sentado, pues, y admitido por cuantos creen en un Dios personal, que él crió lo que vemos para servir de símbolo de lo que no vemos, y que lo visible debe por fuerza trazarnos el carácter de su Autor, de aquel mundo invisible por decirlo así, solo nos queda estudiar los caracteres y descifrar ese símbolo de la obra divina, desde uno de sus aspectos más importantes.

Considerémos y deslindémos el carácter de las obras del Universo, en ese sentido

En las obras de Dios todo está sujeto á un pensamiento de unidad, todas las partes están en armonía, y armonía que, consistiendo ya en el contraste, ya en la coordinación, ya en la subordinación, está regida siempre por el indispensable propósito de la unidad; la innumerable va-

riedad, vencida siempre, siempre armonizada por definitivo triunfo del concierto, de la unidad.

Hay en el firmamento estrellas á millares; pero esos millares girarán uniformemente en rodeo de la estrella fija. La ciencia nos ha enseñado que ese órden era aparente, mas en todo caso tenemos el órden para los ojos, y los ojos ven un ejército ordenado en sus millares de mundos. Dejó la ciencia ese órden, y ha encontrado otro; el órden, pues, ha quedado salvo, y la gravitación universal ha encontrado una gran monarquía en la aparente república de todas las esferas, y por lo que hace á nuestro sistema solar, si el imperio se ha quitado á la tierra, es para que el sol lo reivindique.

Entre las estrellas hay una mayor y no tiene igual: Sirio será en las noches, para los ojos, la reina de las estrellas. Vénus, al amanecer ó por la tarde, será la reina de los planetas. Será el Sol el rey de los astros, será la Luna una imagen débil del gran *rey*.

Es entre los animales terrestres, rey el elefante, si buscamos la grandeza en las dimensiones. Es rey el Leon, si buscamos la fuerza, la magestad y la nobleza. Es la Ballena la reina de los mares; es el Aguilá reina de los aires.

Entre las plantas, es la azucena la reina de las flores, si hermosura y fragancia queremos; si belleza y colorido, lo será la rosa; si gracias y ternura lo será la yedra; si modestia y humildad, lo será la violeta.

Entre los árboles ¿buscáis al rey? No se os esconderá. Ved al cedro del Líbano desafiando á los cielos, si vais á la montaña; ó si os quedais acá en el poblado, no habrá quien dispute al fresno la supremacía; ¡miradle! el tronco gigantesco y el gigante y copado follaje os harán distinguir al soberano entre los árboles de nuestros bosques.

Entre los metales es el rey el oro. Es el diamante el rey entre las piedras preciosas.

Y no se diga que estas preeminencias son convencionales; los hombres han coincidido sin disputa en proclamar esas majestades, porque su soberanía es indisputable. En todo caso, si hay duda y partidos acerca de la persona del soberano, no hay partido que no proclame á alguna como rey.

Ahora bien, ¿no pudieron ser esas obras poco más ó ménos iguales, aunque diferentes en sus especies? ¿Por qué, pues, si en ellas, resalta por donde quiera un notable designio de unidad, este designio no sería intencional y muy pensado?

Tanto más nos afirmamos en ello, cuanto que las especies reales ó régias parecen las privilegiadas. El Elefante no solo es grande sino que es soberbio, discreto, inteligente, majestuoso; se pasea por los bosques como un soberano que recorre sus vastos dominios; sabio y prudente, no se entrega á los arrebatos del tigre feroz, no es como el oso, bajo y vil, ni se deja mandar como la cabra y aun el toro.

El Leon, rey más bien en los combates, no tiembla ante el peligro; es como un adalid, como un campeón lleno de gloria; no es el escudero de algun amo, como el caballo; es fuerte; á su voz enmudecen los combatientes; es generoso, que desdén el batirse con los débiles y sabe agradecer un beneficio.

La Ballena es mansa como el elefante, y no aplasta sino al que provoca su furor; sus ojos, y así tambien los del elefante, son pequeños, como para dulcificar su grandeza; es el elefante de los mares, y, como las razas reales entre los hombres, muestra cierto aire de familia con el remoto soberano de los bosques.

El Aguila no desmiente, como tampoco los reyes de las otras regiones, su noble destino; tiene su sólo puesto sobre rocas inaccesibles; con sus ojos impera, todo lo domina, no hay quien

no tiemble á su mirar. ¿Y quién se escapa á su poder? ni la astuta y ligerísima serpiente logrará evadirse á un golpe de mano de su excelsa enemiga. Por otra parte, á esta señora le es tan familiar la region de arriba, como á los reyes los altos negocios.

La reina de las flores, la azucena, tan delicada como una gran señora, es de talle esbelto, y en su rededor esparce los perfumes; su lujo es sencillo, pero noble, está coronada y lleva siempre erguida su frente. En los pensiles los encantos de la rosa eclipsarán los de las otras beldades; mil suspiros le prestarán homenaje; las auras y las mariposas harán cortejo á la encantadora reina. Mas frente á ese reinado se alzará otro, reinado de gracias y de ternura; la amorosa vedra enseñará á las flores el inocente afán con que sabe tornar floridos los espinos y las rocas. Pero la más oculta de esas reinas, la violeta humilde, hará sensible su dominacion por el influjo poderoso con que á través de su retiro, mantendrá el bienestar en la vasta region á donde alcanzan sus favores.

¿Y esos reyes de las selvas? ¿Y esos reyes de nuestros bosques? Preguntad al cedro la historia de sus estados; preguntadle al Fresno. El uno os dirá que ha desafiado las tempestades y las

nieves, que ha oido el fragor de muchos árboles que ha derribado el hacha ó que ha secado el hielo, y os contará régios amores de que fueron testigos las nevadas cimas de la montaña. En tanto que el Fresno, de más apacible majestad, os contará la historia de las ciudades, y de generaciones de aves que abrigó entre sus hojas, y de florestas que vivificó bajo su sombra.

El oro es un monarca semejante al Sol; si la plata se le asemeja, será como al Sol la Luna: brillan el sol y el oro con soberano brillo, mas la luna y la plata con claridad apacible, semejante al imperio de una femenina beldad. Centellea el diamante entre los rubes y topacios, como centellea Sirio entre las estrellas del firmamento.

Estas armonías nos persuaden de que el pensamiento de monarquía ó unidad, que en todas las especies resalta en el Universo, es una intencion muy bien sostenida, es una segunda intencion, es un efecto que adrede se procuró.

Desde otro aspecto más general y en grandes proporciones, podemos ver cómo todos los seres criados forman un gran trono sobre el que Dios se levanta, ó una gran estatua semejante á la que vió Nabucodonosor: los piés de hierro y barro, de oro la cabeza, arriba están los ángeles y los querubes, la plata y el oro; el bronce es el amalgama

del hombre, celeste y terreno; columnas de ese vientre, que es como la region de lo animal, que á la vez sostiene á esa cabeza que es como la region del espíritu, son los séres orgánicos, pero meramente materiales, y esa estátua descansa en el suelo, materia ínfima. Hé aquí un órden de subordinacion, y desde este aspecto hé aquí á los séres todos formando un cuerpo, del que es imágen á su vez ese todo que en los animales llamamos "su cuerpo."

Ni faltan lazos para unir lo que está suelto, ni amalgama para soldar lo que entre sí no tiene cohesion. Nudo es el hombre entre ángeles y animales; nudo es la planta entre los animales y el mineral apénas orgánico. Ni se pasa bruscamente de unas clases á otras: ya en los límites hallaremos admirables transiciones; hay hombres casi ángeles; hay hombres casi brutos; hay brutos casi hombres, hay brutos casi plantas. El perro y el caballo parecen nuestros aliados, casi de nuestra familia (casa); el coral y la esponja casi son una planta; la sensitiva y la acacia casi son animales, cuando ménos para los ojos y por la sensibilidad de los órganos; los helechos y los hongos casi son anorgánicos, sin vida. Hay también cristalizaciones que á la vista remedan

un vegetal, y hay metaloides que ya se parecen á la inerte tierra.

Ni son estas relaciones las solas medias tintas que deslien unos á otros los colores del cuadro; bajo otro aspecto encontramos la misma ley que reduce la variedad á la unidad.

Hay hombres cuya faz y cuyos ojos nos recuerdan al ángel; hay hombres cuyo rostro participa de los rasgos fisonómicos de las varias especies de los irracionales; hay animales que se asemejan al hombre en los modales y en su fisonomía, y hay muchas flores que remedan ya á una ave, ya á una mariposa, ya las fauces de un perro, ya las manchas del tigre, ya los rayos de un sol, ya el azul de los cielos con un horizonte del color de la aurora.

Pero en el gran cuadro no solo hay estos reclamos de unidad; más, parece que cada parte de la obra lleva el sello general y como la librea de un mismo y solo autor, de un mismo y solo dueño; y el estilo nos dice en cada una de esas obras que el autor es el mismo.

Quando un objeto de lo que no son obra de la Nataraleza se nos ofrece, decimos al punto: "eso es artificial." Las obras de los hombres las equivocamos entre sí; pero nunca las de Dios con las de los hombres.

Uno de los caracteres del estilo de Dios es la variedad, ó sea esa desigualdad entre los individuos de una misma especie. Entre millares, no hay dos estrellas iguales, no hay dos montañas iguales, no hay dos hombres iguales, no hay dos caballos iguales, no hay dos flores iguales, no hay dos piedras iguales; este es un estilo peculiar é inimitable.

Un pintor, aunque copiase el natural, no podría salvarse de incurrir en la monotonía. Condenados están los maestros en el arte á pintar siempre muy parecidos el rostro de Jesús y el del ángel malo. Es curioso contemplar en los personajes más extraños entre sí, en cualquier cuadro de un pintor humano, siempre en todos el mismo aire de familia.

Criado, pues, el Universo con alguna intención, y apareciendo tan intencional la *unidad* en la innumerable variedad de toda la obra, y no solo la unidad sino la monarquía, como la llama un gran filósofo, (1) es muy grato inferir con tan bellos argumentos que el autor del Universo es en su esencia *Uno*.

(1) San Atanasio.

CAPITULO IV.

Continuación de lo anterior. — La Trinidad de Dios estudiada en la Naturaleza.

Pero ¿qué dirémos de esa verdad magnífica de la Trinidad, que tanto se resistió y aún se resiste á los soberbios?

No los llevaremos á las regiones de nuestra alma, en donde, como Bossuet nos ha demostrado admirablemente, el alma (Padre) engendra al pensamiento (Hijo) como la imagen *completa* de nuestra esencia espiritual, pensamiento distinto del alma, pero no en la esencia; en donde el alma (Padre) ama á su pensamiento (Hijo), y el pensamiento ama al alma, y este amor (Espíritu Santo) no es el alma ni nuestro pensamiento; pero tiene una esencia con ellos y los une entre sí, uniéndose á ellos.

Tampoco les diremos que en ese sol, único, fuente de la vida y de la luz, imagen hermosísima del Eterno, vemos la imagen del Verbo en ese esplendor que, nacido del luminoso globo, viene á nosotros sin dejar á su fuente; en ese sol que no solo nos envía su luz sino tambien su calor que dá vida, calor que viene con la luz, que se une al sol y á su luz, y que sin separarse de ellos está con nosotros.

De nada de esto harémos mérito; porque nuestras pruebas han de tomarse de figuras más amplias, más características, en que el designio se descubre más estudiado, digamos así, más solemne é intencional.

Notarémos desde luego un principio, un hecho admirable que hace plausible, razonable nuestra creencia en los grandes dogmas del Catolicismo, es á saber:

Que no hay dogma sobre algun gran misterio, de esos misterios que en la Religion son fundamentales, al que no corresponda algun gran hecho de esos que siendo visibles y notorios, son á la vez universales, diarios, perennes, esenciales á la constitucion del hombre y del Universo.

Y recíprocamente: no es posible dejar de venir en que los hechos visibles, notorios, diarios, perennes, universales y esenciales á la constitu-

cion del hombre y del Universo, deben ser emblemas ó figuras de objetos morales y religiosos de alta importancia; porque á no ser así, Dios no haría servir, como fácil le fué, lo ménos á lo más, lo visible á lo invisible; ó á lo ménos sucedería que teniendo esos designios y queriendo dársenos á conocer por sus obras visibles, nos hablase de suerte que no le entendiésemos, cosa que no es digna de Dios *«Invisibilia ipsius, á creatura mundi, per ea que facta sunt intellecta conspiciuntur»*.

Existe, pues, un hecho visible, notorio, diario, perenne, universal, esencial á la constitucion del hombre y del Universo, tan familiar á nosotros, que en él, por decirlo así, vivimos, nos movemos y somos. Este hecho es la familia (padre, madre, hijo). No hay sér en el Universo, entre los que tienen vida, que no forme con otros dos á los que está ligado, una indispensable *Trinidad*.

En este gran hecho entran por fuerza tres elementos: el principio ó semilla, el amor ó generacion, la filiacion ó término de amor. ¡Qué hecho tan elocuente!

No hay sér en el Universo, de los que tienen vida, que no sea constituyente de una trinidad. La familia humana, la familia del bruto, la familia de la planta. Desde el monarca hasta el

hongoillo más imperceptible, no hay sér que no conozca su padre, no hay sér que no sea término de amor, del amor de otros dos entre sí semejantes. La paternidad, la generacion, la filiacion constituyen la indivisible unidad de la familia.

Y es notable que no habiendo en los vegetales necesidad ninguna de estos tres elementos para lo económico de su propagacion, veamos, no obstante, en ellos, el padre, la madre y el hijo.

¿No hay en este orden de cosas un gran designio?

Pero se dirá: El designio de tal orden de cosas quizá será otro; quizá procediendo en nuestra preocupacion, á *posteriori*, juzgamos gratuitamente que en Dios hay el gran tipo de aquello que en sus obras es un orden figurativo sin duda, pero tal vez de algun otro misterio.

Desde luego contestamos: ¿Qué significa la paternidad, la filiacion, el término del amor, la unidad y la trinidad hasta en los vegetales? Y si el sér, la constitucion y la vida del hombre están en esa unidad y trinidad, ¿quedaría el hombre á oscuras en un asunto que tanto le concierne? Y si la obra más perfecta entre todas las obras en que se admira ese designio de unidad y de trinidad es el hombre, y si las obras subal-

ternas deben concurrir con él á figurar un mismo gran hecho invisible, ¿no será este hecho la *Unidad y la Trinidad de Dios?*

Y obsérvese ahora, que ha estado el hombre tan léjos de proceder á *posteriori*, para que inventase la Trinidad divina por que vió que los séres del Universo eran uno y trino, que no fué sino el Cristianismo el que descubrió tal orden de cosas. Y aún entre los Cristianos, fueron necesarias las herejías arrianas, para que el dogma del Dios uno y trino quedase perfecta y claramente formulado.

Ni se diga que los gentiles podrían presentarnos alguna trinidad en sus dioses, padres, madres é hijos; porque en esto nada nuevo encontramos; ninguna realidad que sobrepuje á la figura; porque en el Gentilismo nada se vé más que el pensamiento humano; los dioses no son más que hombres, el esposo dios, la esposa dios y el hijo dios, es decir, tres dioses; porque los inventores no supieron mentir siquiera con algun grande ideal.

Y si se nos habla de la Trinidad de los Indios orientales, dirémos, que las mismas sombras y oscuridad de palabras y de conceptos en que envuelven su noción de la Trinidad, prueban que, á su entender, tenían en ese dogma algo grande

y divino y que debía reservarse de las miradas de los profanos, y prueba tambien que su oscura teoría no era sino derivacion de más caudalosa y clara fuente, que no podía ser otra sino la doctrina hebrea ó semítica, no siendo el dogma indico sino sombra vaga de la teoría mosaica, tan clara y francamente formulada por el Cristianismo.

Lo que se ha de admirar, pues, en el dogma cristiano de la Trinidad, es lo ageno que se encuentra de toda idea carnal ó puramente humana, es el haber dado con un orden de cosas espiritual y eterno, atinando con esa generacion de los espíritus, con ese Verbo pensamiento del Padre; con esa palabra eterna; con ese Paráclito, amor del Padre y del Verbo; y que para formular el dogma tan magníficamente, no necesitaron sus inspirados autores ni el gran talento de Platon, ni el claro discernimiento de Aristóteles; ellos, sin más que la fé en el verdadero Dios, hablaron, tal vez sin actuarse, del gran misterio, de cuya revelacion eran evangelistas, y hasta despues se echó de ver cómo ese gran dogma sobrenatural lo teniamos figurado en el Universo á toda luz.

Es hermoso estudiar las condiciones con que existe ese gran hecho figurativo.

Multiplicados en todas las obras de Dios y armonizados varios designios á la vez, sin que por la riqueza venga la confusion, no debe sorprendernos el encontrar en las figuras simbólicas cierta irregularidad. No fueran figuras simbólicas si en todo correspondiesen á la realidad figurada; no sería meritoria la fé si la Naturaleza lo explicase todo á la razon.

La Naturaleza cumple su designio, que es prepararnos la credibilidad de lo invisible en el misterioso idioma de lo visible. Dios, por sus libros y por sus Apóstoles ó sea su Iglesia, nos intima el dogma con un laconismo conciso y tremendo; mas con el idioma de la Naturaleza se recrea en sus demostraciones afectuosas y llenas de amorosa persuacion, y en estas demostraciones será rico, abundante, magnífico.

Esto sucede en la demostracion visible de la *Trinidad* por la Naturaleza.

Todos los séres vivientes forman de tres en tres, en innumerables *trinidades*, ciertas *unidades*, á lo que llamamos su *familia*. Todos los séres vivientes, áun entre las plantas, son hijos y cuentan su padre y su madre. En el *padre* vemos grandes semejanzas con el Padre celestial. El representa la fuerza y la inteligencia, es un pequeño *todopoderoso*; lo hará todo por el hijo, quien

le será en mucho semejante y será el objeto de sus complacencias; y este hijo, amor de su padre y de su madre, los unirá entre sí, y los tres entre sí se completarán y constituirán ese todo armónico, esa unidad de la familia. ¿Qué hará el hombre sin tener hijo ó sin el hijo que ya tuvo y que perdió; qué hará el hombre sin la mujer que le dará ese hijo; qué hará el hijo sin sus padres que lo aman?

Representados con claridad el Padre y el Hijo en las obras visibles, encontramos alguna complicación al deslindar el símbolo figurativo del Espíritu Santo. Para encontrarlo es menester variar el punto de vista.

En este caso necesitamos contemplar á la mujer en lo que puede figurar al Hijo eterno, y entónces el hijo terrestre se adapta á simbolizar con más propiedad al *Espíritu* divino, puesto que la mujer se presta ménos á esta figura, mientras que el hijo terrestre sí puede y muy bien simbolizarlo.

Así las cosas, tenemos muy bellamente representada en la tierra á cada una de las personas de la *Trinidad* celeste. El padre de familia, principio de ella, vió un día á la que fué luego su esposa; tenía en su alma un ideal y á este ideal fué muy semejante la jóven que se ofre-

ció á sus ojos. Y ese hombre la amó, y ella le amó, porque tambien le halló conforme á los deseos de su alma. Y de ambos provino como fruto de sus amores, aquel, que semejante á su padre y á su madre, es el amor del uno y de la otra; y á ambos los unirá con el indestructible lazo de la familia. ¡Decid si no os sorprende este perenne símbolo de la Trinidad celeste!

Si queremos, pues, encontrar en la naturaleza á Dios y á su Verbo solamente, entónces el padre ó la madre, ó ambos, como si fuesen uno, nos darán el símbolo del Padre celestial. El padre varon nos prestará la imágen de Dios en su eternidad, en su justicia, en su providencia, en su majestad, en su sabiduría, en su presciencia, en su poderío, en su enojo, en su severidad; puesto que el padre de familia es primero en tiempo y en gobierno; es el que busca el pan, es un rey doméstico, es quien posee la ciencia, quien ve para su hijo el porvenir, quien vencerá los obstáculos; él es quien se enoja y el que reprende.

La mujer, participe de la paternidad en su porción más bella, ó sea, una madre, nos prestará la imágen de Dios en su abnegación, en su misericordia, en su tierna solicitud, en su benignidad, en su indulgencia, en su clemencia, en su

amor, en fin; puesto que la madre de familia es como si viviese primero para su hijo que para sí; ella es quien perdona y remedia el mal, quien da á su hijo el pan que recibe de su esposo, y sabe darlo con amable deferencia; ella es para su hijo ménos quien manda que quien aconseja; y bien pronto se verá quién es la madre de un hijo en disputa, porque su amor hará la denuncia: si la justicia manda que la espada haga dos partes del niño disputado, la misericordia de la que en verdad es madre, cederá al punto de su derecho.

El padre ó la madre simbolizan así bellamente, cada uno de por sí, distintas perfecciones del Padre celestial, de aquel que por sí solo es en todo perfecto, y ambos unidos, son la más completa figura del Invisible. Hé aquí por qué el padre y la madre forman un todo que se llama «los padres.» De suerte que relativamente á su hijo, un padre ó una madre, cada uno de por sí, no es un ser completo.

Tenemos, pues, muy demostrada en la Naturaleza la figura del Padre celestial.

¿Qué diremos de las grandes semejanzas con que el símholo de un hijo representa al Verbo Hijo de Dios?

Es un hecho, de por sí misterioso, que ningún ser viviente entra á existir si no es por medio

de la generacion; procedencia misteriosa, cuyo secreto no viene á explicarse sino suponiendo en ello el designio que Dios tuvo de figurar algun hecho sobrenatural de inmensa importancia, y este hecho, ¿no será la generacion eterna del Verbo? «*Invisibilia ipsius á creatura, mundi, per ea quae facta sunt intellecta conspiciuntur.*» ¿No era más sencillo, que los hombres y todo ser viviente apareciesen á nuestros ojos comenzando á existir sin esos medios, sin esos rodeos de la generacion? Dios, que es tan sencillo en sus obras y que dijo «hágase la luz» y la luz fué hecha, ¿no podría decir ni hacer, á no tener otro importante designio, «hágase el hombre y la planta?»

Es sobre todo notable en los vegetales esa ley de la generacion á que tambien están sujetas, ley que los antiguos ignoraron. No se forma ninguna semilla sin la generacion. Dentro de una flor se encierran los misterios del amor y de la paternidad; ó ya de una planta á otra se cumplen esos misterios, y de cualquiera suerte no falta en ellas el padre ni la madre con la bella representacion de sus amores.

¿Por qué importó tanto sostener áun en esos seres insensibles el propósito de la generacion? ¿No se hace el encubierto designio más de notar?

Y obsérvese que en la generacion de los seres criados, uno de los caracteres consiste en que el generante produce al engendrado no por division ni por agregacion, ni de una ajena materia, sino de su ser propio sin dividirse, pero siempre produciendo un ser distinto. El racionio nos dirá otra cosa; pero á nuestros ojos la generacion de los seres criados imita esa excelencia de la generacion del Verbo.

Tenemos, pues, que bajo ese aspecto es luminoso el símbolo que diariamente nos habla del Padre y del Verbo, sin que deje de haber otro aspecto y espléndido tambien, en que sin cesar se descubre el símbolo integro del Padre, del Verbo y del Paráclito.

En el padre, la madre y el hijo, encontraremos figurados muchos de los caracteres del divino original en sus tres divinas personas, tal como nos lo propone la religion verdadera; caracteres no solo del Padre y de su Verbo, sino tambien del Espíritu Santo.

El varon (Adan) criado primero que la mujer, y no por generacion ni procedencia, representa muy bien la cualidad de *ingénito* del Eterno Padre; de su costado, de su seno salió el bello ideal de sus deseos, *semejante á el* (*«adjuvatorium simile sibi.»*)

Este hijo del deseo del alma (la mujer) no fué sin principio; el varon fué su principio; el varon al verle llamóle «mujer,» «carne de su carne y hueso de sus huesos.» Esto recuerda el «Deum de Deo, lumem de lumine, genitum, non factum.»

Y el varon al ver á esa mujer, hijo suyo, dijo más: «et erunt duo in carne una.» Esto recuerda el famoso término, «*consubstancialem Patri.*» Y la mujer fué el amor del varon, como para figurar desde el principio de los siglos el amor celeste: «*Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui.*»

Hé aquí en el principio instalada en el Paraíso la gran figura de las dos primeras personas de la Trinidad.

Así las cosas, variado el punto de vista, entenderemos por generacion no la que proviene de la union material de ambos sexos, sino ese ideal que se *engendra* en el alma del varon, cuyo deseo busca al bello objeto de sus amores; ideal realizado, generado, digamos así, en la mujer que halló gracia delante de sus ojos y á quien tomó por esposa.

El fruto del amor de los esposos, que es la hermosa figura del Espíritu Santo, fruto del amor celeste, no dirémos entónces que fué en-

gendrado sino que procede, y procede no solo del varón sino tambien de la mujer, que amándose produjeron, y es el término de sus amores, que á cada uno de ellos se une, y entre sí los une tambien.

Verémos igualmente sostenida la figura hasta el grado de encontrar en la obra de este nuevo párcelito, una notable semejanza con el Paráclito divino. Si la obra del uno es la innumerable generacion de los hijos de la Iglesia, en la del otro encontraremos la multiplicada descendencia de que su padre y su madre son, mediante él, los autores. Y hé aquí tambien, en el principio, instalada, por la innumerable generacion que Set dio á los primeros padres, la gran figura de la tercera persona de la Trinidad.

Tal es el lenguaje de la naturaleza que nos habla de la divina Trinidad. Admira encontrar en ese órden visible cuanto el Catolicismo nos ha dicho, y lo ha dicho sin pensar siquiera á Dios; pues nuestros padres en la fé, al fijar el dogma, ateniéndose á la letra de la Escritura y á los documentos de la Tradicion, han procedido á formularlo con discrecion grandísima, con temor y temblor delante de la Majestad tremenda.

CAPITULO V.

La Encarnacion del Verbo, figurada en la obra del Universo.

Si las obras visibles y naturales del Soberano Dueño, nos enseñan el dogma de su excelsa Trinidad y Unidad, mucho más se prestan á hablarnos de la Encarnacion del Verbo, con voces elocuentes y persuasivas.

Un Dios hecho hombre, el Verbo hecho carne, era ya de verse en el espíritu de Adam, hecho hombre ó unido á un cuerpo. El misterio de un espíritu unido á un cuerpo, palpable á nuestros ojos, preparaba ya la credibilidad del otro gran misterio: el Verbo de Dios unido á un hombre.